

SOBRE LA RECOLECCION DE DATOS Y LA TEORIA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Por MIGUEL ACOSTA SAIGNES

EN la sección de Folklore del XXXVI Congreso Internacional de Ameriactas, celebrado en septiembre de 1966 en Mar del Plata, surgió una vez más la discusión, común a todas las ciencias sociales, sobre el equilibrio entre la recolección de materiales en ellas y el cultivo de la teoría. Es posible enfrentar el problema de varias maneras: a) la de los denominados agnósticos de las ciencias sociales, para quienes no existe la posibilidad de formular leyes en ellas por ahora. Sería preciso, según piensan, reunir interminablemente datos de todas las sociedades, de todas las culturas conocidas, en todos los aspectos posibles, para que, en presencia de un riquísimo acervo hasta ahora desconocido, los especialistas del futuro puedan dedicarse a la generalización. Es claro que para esta tendencia sería labor fundamental y casi única, la de recolectar materiales.

b) Frente a quienes cultivan la práctica de sólo recoger materiales, en una especie de neopositivismo pesimista, se encuentran los partidarios extremados de la teoría. Para estos la recolección de materiales poseería virtudes limitadas a la posibilidad de su interpretación dentro de ciertas teorías. Estas podrían construirse con los materiales hasta ahora conocidos en las diversas ramas de las ciencias sociales y los nuevos hechos sólo vendrían a componerse dentro de marcos generales, o a introducir muy escasas modifica-

ciones. De tal modo, lo principal sería la teoría. La realidad viene así como a subordinarse a las generalizaciones.

c) Un tercer grupo actúa normalmente sobre el pensamiento de un equilibrio entre la teoría y la recolección. Para quienes así proceden, las teorías actuales han nacido de los materiales conocidos. Los incorporados constantemente en la investigación pueden acomodarse o no a las generalizaciones aceptadas. Algunos hechos pueden tener significaciones decisivas para estructurar nuevas teorías y lograr nuevas generalizaciones. Reconocen que, como en las ciencias naturales, en las sociales se progresa por el logro de campos generales de pensamiento que se superan a medida que se logran nuevas técnicas de investigación, se perfeccionan las antiguas, se profundiza en el análisis, se subdividen ámbitos, se descubren nuevos fenómenos, se interrelacionan mejor los conocidos, etc. Así, cada etapa de conocimiento se basa en un cierto número de teorías que dejan de tener validez, o desaparecen parcialmente, modificadas por descubrimientos, nuevos tipos de análisis o recomposición de las concepciones más generales.

Todo lo anterior presenta un amplio territorio de discusiones, pero aquí sólo deseamos referirnos al problema como lo vemos en Venezuela, en el campo de la Antropología, la Sociología, el Folklore y la Historia.

Desde el último cuarto del siglo XIX trabajó en nuestro país un grupo de positivistas que cultivaron conjuntamente posiciones sociológicas, antropológicas e históricas. Entre ellos destacan los nombres y la obra de Pedro M. Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado. Arcaya tuvo intereses en el pasado indígena y escribió un estudio sobre los aborígenes del estado Falcón, su región natal; Vallenilla Lanz fue el sociólogo del grupo. Es muy conocida en América Latina su obra *Cesarismo Democrático*, en la cual justificaba los regímenes dictatoriales. Gil Fortoul fue más puramente historiador. Los tres fueron políticos militantes e intelectuales dirigentes en el régimen de Juan Vicente Gómez. Lisandro Alvarado fue conjuntamente antropólogo, sociólogo, historiador y folklorista, por su insaciable curiosidad y por la aplicación de los métodos de su época al estudio de la realidad. Mientras los otros tres escribieron sobre la base de documentos, Alvarado se lanzó al interior del país, recorrió incesantemente las provincias y reunió así toda clase de datos directos de la realidad social y cultural. Escapaba de su casa sin aviso, por años, y regresaba cargado de fichas

que luego ordenaba y clasificaba para sus trabajos. Escribió desde un Diccionario de voces indígenas de Venezuela, hasta una historia de la Guerra Federal. Se diferenció, además, del grupo citado, en que mientras él fue propiamente un positivista agnóstico, recolector cauto de materiales, que nunca expresó ideas generales, Arcaya, Vallenilla y Gil Fortoul anduvieron por caminos de generalización y de aplicación a Venezuela de las teorías que profesaron.

No es nuestra intención presentar aquí una historia del desarrollo de los estudios y de la investigación en el campo de las ciencias sociales. Mas resulta indispensable señalar algunos precedentes a la etapa que comienza en 1936, cuando después de la muerte de Juan Vicente Gómez, regresan al país multitud de exilados que se habían dedicado en el extranjero, ya al estudio de algunas ciencias sociales, ya a actividades políticas que los acreditaban en cierto modo para expresar teorías y concepciones generales sobre la realidad histórica, económica y social del país. Se creó entonces una especie de cátedra pública en numerosos periódicos, donde abundaron por muchos años como fuente muy importante para la formación de la juventud, artículos y ensayos de contenido social. Desde principios de siglo había existido la cátedra de Sociología General en las escuelas de Derecho. Fue fundada en la de Caracas por el Dr. Carlos León, uno de los regresados a Venezuela en 1936, después de haber trabajado mucho en el extranjero y especialmente en México, en la organización de cooperativas. Fue el primer venezolano que publicó un libro con el título de *Sociología*.

En la cuarta década del siglo se despertó gran interés por el Folklore y el indigenismo y se realizaron, además, trabajos en algunas ramas de la Antropología. Nosotros dictamos en 1946 el primer curso de Antropología Cultural que se daba en la Universidad Central de Venezuela. A principios de siglo había establecido una cátedra que era más bien de Antropología Física, el Dr. Elías Toro en la Facultad de Medicina. En 1947 dictamos el primer curso de Sociología que se incluía en la Universidad Central de Venezuela en una escuela diferente de la de Derecho. Fue en la Escuela de Periodismo. En 1947 se fundó la Escuela de Historia y allí dictamos la cátedra, que ha continuado hasta hoy, de Antropología General, así como la de Sociología General.

Fue en 1952 cuando comenzó la Escuela de Sociología y Antropología, en la Facultad de Economía. Y es entre sus numerosos graduados, desde 1956, entre quienes han surgido numerosas in-

quietudes acerca de la teoría y la práctica, al salir graduados a un mundo rico en formas culturales y sociales acerca del cual encuentran pocos materiales redactados por generaciones anteriores. Advirtamos cómo la expresión "teoría y práctica" en realidad abarca mucho más que el simple tema de teoría y recolección. Centremos en éste nuestra atención.

En país donde las ciencias sociales habían tenido antes de los últimos 25 años, muy pocos cultivadores, no abundan los materiales recogidos de la realidad ni las interpretaciones de documentos. Por eso en aquel periodo hemos padecido de los "descubridores de documentos", gente que se regodea excesivamente con el hallazgo de datos escritos y convierte en culto lo que es simple tarea de buen trabajador. Esta etapa ha existido y aun sobrevive en algunos países latinoamericanos, donde se sobrepone al contenido y a la labor de interpretación, la simple búsqueda o el encuentro de materiales inéditos. Estos, en realidad, abundan por millaradas, tanto en los archivos del Continente como en los de Europa. Pero este periodo representa en los estudios históricos un hecho real e infortunado: el de que mientras en otras naciones quienes comienzan a cultivar la historia o algunas de sus especialidades, encuentran muy numerosos materiales elaborados desde el siglo XVIII y aun desde el propio siglo XVI, como México o Perú, en nuestro país han existido en realidad pocos historiadores analíticos. Así, quien emprende cualquier estudio, muchas veces carece de la inevitable guía inicial bibliográfica. Han abundado además los historiadores de oficio que se callaron y aun en nuestros días se callan, la procedencia de ciertos datos y documentos como temerosos de que otros puedan realizar interpretaciones distintas a las que ellos desean imponernos. Desde luego, existe otro factor: como han sido escasos los cultivadores de la historia, al graduarse los jóvenes e intentar una especialización, no pueden escoger entre los predecesores a quienes hayan cultivado la rama que a ellos interesa. Así, han de acudir una y otra vez a un corto número de autores que utilizaron ciertos materiales a su manera. Y esta manera no puede ser fuente universal para otras interpretaciones. Por eso, desde hace dos décadas, se ha revivido en Venezuela una necesidad expresada hace tiempo en otros países: "a las fuentes". Porque en efecto, quienes deseen interpretar la Colonia con criterios modernos, mal podrán documentarse sino en los historiadores positivistas —entre los cuales resaltaron los ya nombrados— pues ellos realizaron sus búsquedas, sus selecciones, cultivaron sus

preferencias y abandonaron todo lo que no convenía a los intereses que expresaban, ya en lo ideológico, ya en lo político actuante. En este terreno, los jóvenes investigadores se preguntan: ¿Es posible simplemente sentarse en los archivos a estudiar documentos sin teorías, sin propósitos teóricos, sin ideas generales? Ocurre que los primeros cursos en las escuelas de historia generalmente carecen de profesores de teoría de la historia, de filosofía de la historia, o aun de historiografía. Se comienza por los cursos clásicos, en su mayor parte descriptivos, y sólo después de una maduración de unas dos décadas, se puede disponer de especialistas en ciertas ramas y de cultivadores del pensamiento teórico. Eso ha acontecido en Venezuela.

En cuanto a la Sociología y la Antropología, han crecido como disciplinas universitarias en manos disímiles. Al fundarse la Escuela de ellas, estuvo en manos de algunos profesores extranjeros, particularmente norteamericanos, no de la estirpe de Boas, de Kroeber o de Lowie; ni de la Wright Mills o Riessman, sino de miembros de cierto conjunto de profesores con miras teóricas limitadas. Furiosos partidarios de la estadística por la estadística, de la encuesta por la encuesta, cultores de un reducido número de concepciones agnósticas y pragmáticas, esos profesores fueron responsables de que la Escuela se convirtiese en un periodo, no en una verdadera formadora de antropólogos y sociólogos, sino en centro para graduar especialmente a gente entrenada en realizar encuestas. Unos cuantos egresados superaron las limitaciones del ambiente, se marcharon a universidades de los Estados Unidos o Europa y completaron una buena formación; los más quedaron dentro del mundo reducido en que habían sido condicionados. A estas limitaciones coadyuvó un hecho social dentro de la Universidad: la incomprensión de los especialistas de otras ciencias, por las sociales. Como esos especialistas poseían todos los resortes de mando en el ámbito académico, durante muchos años resultó imposible obtener presupuestos para viajes al campo, aceptación del arreglo de calendarios escolares en forma adecuada para que los cursantes realizasen prácticas de campo. Estas siempre se vieron, durante la primera década de funcionamiento de la Escuela, como lujos dispendiosos, como ocasiones para que alumnos y profesores se fuesen a agradables paseos estacionales o de fin de semana. Sólo en 1958, cuando un profundo cambio político en Venezuela produjo una extensa renovación académica, comenzaron a cambiar las cosas. En 1966 se ha establecido, como resultado de nuevos

critérios, al tomar la dirección de la escuela de Sociología y Antropología un graduado de ella misma, con estudios de posgrado en Francia, la obligatoriedad de realizar cierto número de trabajos de campo para obtener la licenciatura.

¿Qué ha ocurrido en el Folklore? En este campo todo ha sido peor, pues en esa escuela de Sociología y Antropología no se ha establecido aún ningún curso sistemático de Folklore. En el año de 1966 se dictó por primera vez un cursillo por varios especialistas, con la intención de mostrar a los alumnos y profesores la necesidad de incorporar la disciplina a los planes de estudio allí. Es en el Instituto de Antropología e Historia de la Facultad de Humanidades y Educación, donde se ha establecido el centro de la actividad folklórica en la Universidad Central. Desde 1952 existe allí la revista *Archivos Venezolanos de Folklore* y se han dictado conferencias numerosas sobre temas folklóricos. En 1966 se dictó un cursillo para el público. Fuera de la Universidad ha existido el Instituto de Folklore, dedicado a la investigación, donde por su propia naturaleza no se ha establecido una enseñanza sistemática de la disciplina.

Puede entonces delimitarse objetivamente el campo de las ciencias sociales, en su desarrollo en Venezuela así: Existe una Escuela de Sociología y Antropología todavía joven, en pleno desarrollo. Antes sólo habían existido cultivadores aislados de la Sociología y la Antropología, en su mayoría dedicados a otras actividades como fundamento vital y profesional. La Historia es motivo de cultivo disciplinario desde 1947, cuando se fundó la Escuela respectiva en la Facultad de Humanidades y Educación. Los estudios van bien encaminados y se han formado algunos especialistas, aunque por una escasez de salidas económicas para los graduados sólo continúan en el cultivo de la historia quienes ingresan al profesorado universitario. En cuanto al Folklore, no ha sido hasta ahora objeto de enseñanza sistemática, sino de cursillos de divulgación. No existe en Venezuela ningún curso de Folklore permanente dentro de los *pensa* de las escuelas de Historia ni en la de Sociología y Antropología. ¿Se puede así, en medio del comienzo de un desarrollo científico de estas especialidades, presentar en primer término una discusión acerca de la teoría y la recolección de datos? Si, porque la situación de los Profesores, de los investigadores y de los jóvenes graduados resulta muy conflictiva ante las labores por realizar. ¿A qué dedicarse? ¿A recolectar materiales, algunos de los cuales, como ocurre en el mundo folklórico, están a punto de desaparecer, o a elaborar estu-

dios teóricos desprendidos de una realidad que no se conoce por exámenes sistemáticos, científicos? Por supuesto, como en toda América Latina, existe una corriente de quienes menosprecian cuanto no sea engallada teoría, altanero desdén por la realidad cotidiana y en cambio cultivan acogimiento sumiso a cuanto se ha elaborado por otros rumbos. Pero ¿Qué vale mucha teoría sin substancia? Y otra cosa: ¿Deben los hechos sociales y culturales propios de los países latinoamericanos usarse exclusivamente para la comprobación de teorías elaboradas en otros sitios del mundo? ¿No están implícitas en nuestras realidades, generalizaciones que es necesario lograr con el estudio directo de cuanto verdaderamente ocurre? Es decir, también podemos y debemos elaborar nuestros propios principios teóricos, no porque resolvamos desconocer empecinadamente cuanto se ha realizado en las ciencias sociales, sino porque nosotros poseemos características y desarrollo propios cuyo estudio permite lograr principios que enriquezcan la gran corriente teórica de las ciencias sociales en el mundo. En algunos territorios de las ciencias sociales hemos poseído y tenemos materiales de sin igual valor. Así ocurre, por ejemplo, con las estructuras de Incas, Aztecas y Mayas. En la historia del desarrollo de las formas económicas, sociales y culturales, las de esos pueblos han representado etapas antiguas de la humanidad. Al menos, modalidades de ellas. Han sobrevivido hasta ser encontradas en el siglo XVI y podemos estudiarlos en forma incomparable más directa, a pesar de los defectos inevitables de las fuentes históricas, que aquellas comunidades desaparecidas de la prehistoria, acerca de las cuales sólo poseemos restos arqueológicos o relatos excepcionales como los de Homero.

Algunos, ante tantas dificultades en relación al equilibrio de teoría y trabajo de investigación directo, en la realidad, trabajamos con plena conciencia de las limitaciones. Deseamos encontrar, no un justo término ecléctico para la comodidad, sino un justo término que concilie las necesidades y sea capaz de colocarnos en vías de progreso para las ciencias sociales en nuestro país. Así, en materia de Antropología Cultural y de Folklore, por ejemplo, formulamos la siguiente proposición: en nuestro país de tan vivo cambio social, muchas formas culturales y folklóricas van desapareciendo rápidamente. Es indispensable recogerlas. ¿Debemos dedicarnos a teorizar mientras fluye el río de una realidad tremendamente dinámica, en plena transformación? ¿No es nuestro deber como especialistas en ciencias sociales recoger lo existente antes de que desaparezca? Cada

cual debe hacerlo dentro de sus marcos teóricos de referencia, dentro de sus capacidades teóricas para enfrentarse a la realidad, pero es indispensable una actividad intensa y permanente. Ya hemos vivido muchos ejemplos aleccionadores. Durante los últimos años han ido desapareciendo antiguos festivales folklóricos, a causa de la extraordinaria movilidad que vive la población venezolana. Muchos aspectos cuyo estudio corresponde al antropólogo cultural o al folclorista van quedando atrás. Tuvimos una experiencia personal cuando en 1958 y '59 visitamos la comunidad de Macapo, en el Estado Cojedes. Recogimos allí datos acerca de la construcción de la antigua vivienda rural, con techo de palma. Antes de que nuestro trabajo de simple observación objetiva sobre la vivienda rural en Macapo apareciese publicado en la revista *Gea* de Caracas, ya las antiguas estructuras de los techos de la casa se habían modificado porque un donativo de un Ministerio llevó a cambiar todos los techos de palma del pueblo por otros de láminas metálicas, lo cual conlleva una modificación decisiva de la casa.

A sabiendas, pues, de que el simple recolectar materiales no concede brillo, aceptamos modestamente las tareas de recolección sin teoría, no porque deseemos dejar de lado la teoría, absolutamente indispensable para cualquier trabajo, pues todo investigador debe ser consciente del ámbito de concepciones en que se mueve y trabaja, sino porque nos encontramos ante el reto de una realidad en acelerada transformación.

En el campo de la Sociología asistimos actualmente en Venezuela a un proceso de transformación de antiguas estructuras familiares. La familia extendida, matrilineal, con muchos hijos, predominante hasta hace algunos años en las zonas rurales, se desintegra. Los restos de ella aparecen en la periferia de las ciudades industriales y particularmente en Caracas. Estos restos, las nuevas formas que surgen entre los campesinos trasladados a las ciudades, originan multitud de artículos de especialistas y aficionados, acerca de las causas por las cuales existen entre nosotros problemas de menores y problemas familiares. Sólo es posible comprenderlos a fondo si estudiamos los restos de la organización que durante siglos existió en el campo venezolano. No basta aquí un estudio funcional de las nuevas condiciones como se producen en las ciudades. No se les puede interpretar sin el fondo histórico, cuando precisamente las raíces coexisten todavía; cuando lo ocurrido en las ciudades es parte de un fenómeno global cuya otra parte permanece viva o está

deteriorándose en las zonas campesinas. En lugar de mucho teorizar, que es aquí mucho errar, conviene intensificar el trabajo de campo para conocer las formas que han comenzado a desaparecer o a transformarse profundamente. La antigua familia rural, matrilineal, extendida, era muy estable, más estable que muchos matrimonios de la urbe. Esa forma histórica, sin embargo, va descomponiéndose ante innumerables teorizantes incapacitados para comprenderla porque rehusan estudiar el origen aun viviente.

En Antropología, en Folklore, en Sociología, vivimos los especialistas un drama profundo: se nos va escapando una realidad que no alcanzamos a captar por falta de suficientes especialistas dedicados a los trabajos de campo. El problema se agrava si se añade el número de científicos sociales que se quedan varados a conciencia en las ciudades, porque según su concepción es preciso cultivar sólo teorías venidas de otros rumbos. Quienes vamos viendo cuanto ocurre, leyendo cuanto se publica acerca de la realidad venezolana, vista desde los escritorios, a través de los cristales de las ventanas y de los cristales mentales oscurecidos por mil causas, sufrimos una tensión permanente: desaparece una realidad objetiva que después será objeto de erróneas consideraciones teóricas si no se la ve, si no se la recoge, si no se la examina tal como ahora es. Por eso, muchas veces preferimos ir a ella, captarla modestamente, publicar escuetamente los resultados. Al hacerlo así, vivimos el drama de captarla sólo en el corto ámbito de esfuerzos personales, de no poder abarcar el país entero; pero también el drama de ser mal juzgados. "Gente de corto alcance", dictaminan algunos para quienes vamos recogiendo datos sobre viviendas rurales, familias extendidas, relatos y costumbres tradicionales. "Neopositivistas estériles", dicen los que nos hacen siquiera el favor de ubicarnos en alguna escuela teórica. "Incapacitados para pensar", formulan algunos presuntuosos inmaduros, cuya carrera teórica se estrellará pronto contra la propia realidad fecunda. Vivimos así un drama perenne, en lucha con el tiempo, con la dinámica social, con la incompreensión de colegas y legos en ciencias sociales. Pero seguimos en lo que es parte de nuestro deber: dejar constancia de los inventarios que hagamos, hasta donde nos alcancen las fuerzas, los recursos y las capacidades. Son materiales que no deberán en el futuro imaginarse. Quedarán para los historiadores, antropólogos, folcloristas, sociólogos. Estos podrán saber que fueron tomados de las formas vivas por colegas que deseaban legárselos y que intentaban que la historia

humana se reconstruya no por inferencias basadas en datos dispersos, sino por conclusiones obtenidas sobre materiales que fueron adecuadamente medidos, evaluados y guardados.

Este drama entre teoría y práctica, entre generalización y recolección de datos, no es naturalmente exclusivo de Venezuela. Hemos presentado algunas de sus formas. Existen otras. Así como existen tantos otros problemas para los especialistas en ciencias sociales en nuestros países. Por ejemplo ese otro, que asedia implacablemente también a todos: ¿Cuál es nuestro papel de esos cambios, teorizar sobre ellos, o también tomar parte activa, beligerante, a favor de los conocimientos científicos, en la orientación de las transformaciones? Pero sobre tal problema, de graves alcances, no hemos de tratar aquí. Quede solamente formulada la primera parte de un drama múltiple que vivimos los científicos sociales en América Latina.

LO QUE LOS ARGENTINOS PIENSAN SOBRE LA PERSONALIDAD ARGENTINA

Por H. A. MURENA

“**V**EMOS por medio de espejo, en enigma”. ¿Y qué ocurre cuando ni siquiera contamos con la guía oracular del espejo, cuando por complejos motivos no se halla ante nosotros ese testimonio sobre nosotros mismos, inquietante pese a ser oscuro? Característica del curso del pensamiento argentino —si se lo compara con el de otros países de tensión histórica similar a la suya, Brasil, por ejemplo— es la escasez de los intentos de interpretación de la personalidad colectiva. Nación de origen reciente, que se integraba con un heterogéneo aporte inmigratorio, ¿existía en verdad, podía distinguirse desde el comienzo en su crisol —sin apelar a la discutible lente del “espíritu de la tierra”— ese fantasma que persiste a través de todas las transformaciones y que se llama personalidad nacional? Cualquiera sea la respuesta, el caso es que el nacionalismo —que oculta o abiertamente ha crispado siempre el *corpus* argentino— desempeñó en este orden del conocimiento un menester de censura, pues necesitaba imprescindiblemente de la ceguera para su enfermedad y fatal marcha hacia un némesis que hoy, en plena década del sesenta, vuelve a repetirse con sus lamentables consecuencias.